

## EL MISERERE DE ESLAVA

Son las nueve de la noche del Jueves Santo; en las amplias naves de la Catedral sevillana óyese el sordo rumor producido por la muchedumbre que las llena y se apiña para dejar paso á los hermanos de la última cofradía, que vestidos con negra túnica, encendido el cirio cuyas reverberaciones producen fantásticas siluetas en los góticos pilares y cuyas luces parecen rojas estrellas al destacarse sobre el fondo obscuro de las capillas, preceden las andas sobre que viene la hermosa imagen del Cristo de la Pasión. Notable efigie debida al cincel incomparable de Montañés, acaso la más inspirada de cuantas existen por los templos de la histórica ciudad, acaso la que más impresión deja en el alma porque el artista ha sabido de modo maravilloso retratar el sufrimiento material del hombre que como tal inspira piedad y conmiseración, uniéndolo al propio tiempo en un semblante que revela superioridad inmensa, ternura infinita, bondad suma.

La imagen en cualquier parte produciría estas impresiones, pero en la Catedral se duplican porque vista sobre tan grandioso fondo en medio de la obscura penumbra y recibiendo las reverberaciones de las luces encerradas dentro de las bombas de cristal y cuyos destellos se rompen en multitud de cambiantes tanto en el rostro de la imagen como en su bordada túnica y doradas andas, semeja una verdadera aparición en medio de aquel silencio, despertando la fe en el que la tuviere más dormida. Más de una vez he visto lágrimas en los ojos de algunos espectadores.

Faltan algunos minutos para las diez.

La multitud apiñase mas y más con profundo silencio queriendo ganar puesto lo más cerca posible á la soberbia verja del altar mayor donde no les dejan llegar las muchas personas que desde la tarde han cogido sitio y presenciado allí el paso de las cofradías.

Todas las miradas penden de las manillas del reloj que lentamente adelantan, hasta que se oyen diez sonoras campanadas que hacen con- tener las respiraciones por ser las primeras notas del magnífico *Miserere* (tan en punto empieza), inspirado poema musical en el que Es- lava puso toda su alma de artista.

Comienza el preludeo ejecutado por sesenta instrumentos y cien cantantes, entre los que forman parte el tenor y bajo de la temporada de ópera, nutrido coro de niños que ofician de *seises* durante todo el año y los aspirantes á tales puestos.

Es tan grandioso, resulta tan hermoso, que la parte musical raya en grandiosidad y hermosura al nivel de los versículos que el Santo Rey escribió con profunda contrición y honda pena.

Eslava, tal vez por la fe religiosa que le animaba, los sintió tan bien, se identificó tanto con ellos, le tocó las fibras más recónditas de su alma aquella obra, que para ella escribió música tan sentida, tan vigorosa, al mismo tiempo, que sería muy difícil encontrar composi- ción en que se reunan más identificadas música y letra.

*Miserere mei Deus* canta el tenor y resuena en todos los ámbitos del templo que parece estremecerse á las vibrantes y sentidas notas repetidas luego por los coros, repercutidas después de bóveda en bóve- da, de hornacina en hornacina, haciendo que se multipliquen al ale- jarse pareciendo como que suben, suben y se elevan aumentando sus dulcísimas armonías por los coros celestes hasta llegar al mismo Dios, que no ha de poder oirlas sin perdonar los agravios que se le hayan inferido.

Cesa la música, y en el tallado coro al que dejan en mas obscuri- dad las pocas velas que en él lucen, óyese el áspero canto de los canó- nigos salmodiando otro versículo que por el tono especial en que lo hacen más parece oficio de difuntos. Repiten la orquesta y voces y los sacerdotes una y otra vez, hasta terminar los veinte versículos con las hermosas notas del *Jerusalén* al sonar las once.

Empieza el desfile, los oyentes salen por todas las puertas seme- jando inmenso hormiguero que satisfecho y emocionado siente no se repita la escena hasta el siguiente año en la misma fecha.

Tal es el *Miserere* de Eslava cuyo privilegio goza Sevilla, pues por concesión especial de su autor no puede ser ejecutado en ninguna otra parte más que en el presbiterio de aquella Basílica, ante el altar mayor.

El pueblo sevillano profesa tal veneración por esta joya artística,

que siempre ha buscado para interpretarla á los mejores cantantes. El inolvidable Gayarre gustaba de cantar el *Miserere* de Eslava durante las fiestas de la Semana Santa en Sevilla, y en su interpretación ponía todos sus entusiasmos de artista.

JOSÉ PEDRAZA.

## S A E T A S



Ofrece la poesía popular de España en todas las regiones de nuestra nación un sabor profundamente religioso, que lo mismo domina en los graves cánticos de Euskaria que en el melancólico gorjeo de los habitantes de Andalucía.

Una de las cosas que más llaman la atención en Sevilla, en sus justamente célebres fiestas de Semana Santa, son esas exclamaciones del alma, esos ¡ayes! del corazón, en que al paso de las sagradas imágenes de la Pasión de Cristo por las calles, prorrumpen desde las azoteas, en el balcón ó en la puerta de una casa, voces vibrantes y tiernas que, como heridas de compasión y de amor, se *arrancan*, permitásenos la palabra, con esas estrofas que hacen llorar á quien las oye. ¡Qué mucho que las llamen *saetas* los que sienten partido el corazón al escucharlas!

Ni remotamente puede formarse idea del que producen, leyéndolas. Sin embargo, el lector puede columbrar el sentido íntimo de esos cantares, recordando la genialidad característica de la música andaluza, la donosa pronunciación del lenguaje en aquel país, y el sello de honda melancolía que distingue á aquellas estrofas musicales que más que la expresión de una idea concreta, son la manifestación de un sentimiento indefinido, de un quejido prolongado en que se acentúan y repiten las notas más salientes del dolor.

Hé aquí, pues, algunas de esas estrofas.

En la calle e la Amargura  
 El Hijo á su Madre encuentra;  
 El Hijo lleva la cruz,  
 Pero á su Madre le pesa.